

SIETE

PRINCIPIOS CLAVE PARA UN MINISTERIO EFICAZ

El cuidado de iglesias florecientes
en una cultura posmoderna



DAVID A. HARRELL



EDITORIAL
PORTAVOZ

La misión de *Editorial Portavoz* consiste en proporcionar productos de calidad —con integridad y excelencia—, desde una perspectiva bíblica y confiable, que animen a las personas a conocer y servir a Jesucristo.

Título del original: *Seven Key Principles for Effective Ministry: Nurturing Thriving Churches in a Postmodern Culture*. Copyright © 2019 por David A. Harrell, y publicado por Shepherd Press, Wapwallopen, PA 18660, U.S.A. Traducido con permiso. Todos los derechos reservados.

Edición en castellano: *Siete principios clave para un ministerio eficaz* © 2021 por Editorial Portavoz, filial de Kregel Inc., Grand Rapids, Michigan 49505. Todos los derechos reservados. Publicado por acuerdo con Crossway.

Ninguna parte de esta publicación podrá ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación de datos, o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de los editores, con la excepción de citas breves o reseñas.

A menos que se indique lo contrario, todas las citas bíblicas han sido tomadas de la Nueva Biblia de las Américas, © 2005 por The Lockman Foundation. Todos los derechos reservados.

El texto bíblico indicado con “rvc” ha sido tomado de la Reina Valera Contemporánea®, © Sociedades Bíblicas Unidas, 2009, 2011. Usado con permiso. Todos los derechos reservados.

El texto bíblico indicado con “nvi” ha sido tomado de *La Santa Biblia, Nueva Versión Internacional*®, copyright © 1999 por Biblica, Inc.® Todos los derechos reservados.

El texto bíblico indicado con “ntv” ha sido tomado de la *Santa Biblia, Nueva Traducción Viviente*, © Tyndale House Foundation, 2010. Usado con permiso de Tyndale House Publishers, Inc., 351 Executive Dr., Carol Stream, IL 60188, Estados Unidos de América. Todos los derechos reservados.

EDITORIAL PORTAVOZ
2450 Oak Industrial Drive NE
Grand Rapids, Michigan 49505 USA
Visítenos en: www.portavoz.com

ISBN 978-0-8254-5968-9 (rústica)
ISBN 978-0-8254-6918-3 (Kindle)
ISBN 978-0-8254-7765-2 (epub)

1 2 3 4 5 edición / año 30 29 28 27 26 25 24 23 22 21

Impreso en los Estados Unidos de América
Printed in the United States of America

DEDICATORIA

A mi esposa, Nancy,
por su ejemplo y leal amor como el de Cristo,
la expresión más tangible de la gracia de Dios en mi vida.

Ningún esposo podría tener mayor ayuda;
ningún pastor podría tener mejor compañera.

Engrandezcan al SEÑOR conmigo,
Y exaltemos a una Su nombre.

SALMO 34:3

AGRADECIMIENTOS

La idea de este libro fue el resultado de la obra del Espíritu en mi corazón cuando predicaba sobre la epístola de Pablo a los Colosenses, especialmente una exposición que hice del capítulo 1 versículos 24-29, con el título «Siete convicciones que rigen el corazón de un pastor». Estos breves versículos resumían perfectamente un paradigma bíblico para el ministerio pastoral que se puede percibir en todo el Nuevo Testamento, y uno que yo había adoptado desde el comienzo de mi ministerio.

Por lo tanto, también deseo agradecer a los apreciados santos de Calvary Bible Church por su común compromiso con estos principios clave que emergen de las Escrituras; y al igual que los santos de Tesalónica, por «su obra de fe, su trabajo de amor y la firmeza de su esperanza en nuestro Señor Jesucristo» (1 Ts. 1:3).

También debo agradecer a mi querida amiga y asistente, Pamela Ufen (una fiel e incansable sierva junto con su esposo, Brian), por su edición del texto en las primeras etapas del proceso. También deseo expresar mi gratitud a mi amigo y también pastor, John Fast (Hilltop Bible Church, Murfreesboro, Tennessee), por ejercer su discernimiento espiritual y perspicacia teológica al criticar los capítulos durante el proceso inicial de edición, antes de enviar el texto a una editorial.

Un especial agradecimiento también para Jim Holmes, editor de adquisiciones en Shepherd Press, cuyo corazón se identificó con el mío en la revisión inicial y quien recomendó el libro a Shepherd Press para ser considerado. Jim ofreció hábilmente sus sabios comentarios en el sustantivo proceso de edición y sigue siendo una fuente de aliento e inspiración.

Y, finalmente, deseo expresar mi mejor aprecio a Tedd y Aaron Tripp de Shepherd Press por su disposición a colaborar conmigo en este proyecto de publicación, para que en todas las cosas Cristo tenga la preeminencia.

CONTENIDO

<i>Prólogo</i>	11
----------------------	----

SIETE PRINCIPIOS CLAVE

1. Consumido por la gloria de Dios	17
2. Contento con su sufrimiento.	41
3. Convencido de su llamado	66
4. Controlado por un solo mensaje	92
5. Confiado en un solo método.	113
6. Comprometido con un solo fin.	139
7. Confirmado por un solo poder	164

PRÓLOGO

Supongo que llegar al último cuarto de la vida es similar a comenzar el último cuarto de un partido de fútbol americano. Uno sabe que pronto se acabará el tiempo y solo le queda el período final para dar lo mejor. Ahí es donde me encuentro. Habiendo pasado la mayor parte de mi vida sirviendo a Cristo, primero como consejero y profesor bíblico, capacitando y ministrando a pastores y líderes de la Iglesia, luego como pastor de una naciente iglesia en un suburbio rural de Nashville, Tennessee (donde he servido ya por más de dos décadas), ahora estoy feliz de llegar a mi último cuarto.

Como todo pastor, espero terminar bien. Para usar un trillado cliché deportivo: «¡Espero dejarlo todo en la cancha!». Mi oración es poder decir al final con el apóstol Pablo: «He peleado la buena batalla, he terminado la carrera, he guardado la fe» (2 Ti. 4:7). Y en este espíritu me he visto instado a escribir este libro.

Si bien cualquier cristiano puede resultar beneficiado, este libro es primordialmente para pastores, seminaristas que estén considerando el ministerio pastoral y líderes eclesiásticos que se encuentran nadando contra la corriente de una cultura posmoderna. Está escrito desde la perspectiva de alguien que sabe cómo es comenzar una iglesia con un puñado de personas y ver a Dios darle crecimiento espiritual y numérico, contra toda posibilidad.

Por otra parte, estoy plenamente consciente de las dificultades que enfrentan los pastores, en especial las dinámicas únicas de las congregaciones más pequeñas, que conforman la inmensa mayoría de las iglesias evangélicas alrededor del mundo. He pasado gran parte de mi vida cuidando a pastores: escuchando sus historias, compartiendo su dolor, consolando sus tristezas, confrontando su pecado y

animándolos a permanecer firmes, pase lo que pase. En todo este proceso he aprendido mucho acerca de mí mismo, acerca del ministerio pastoral, acerca de la Iglesia y acerca del poder que tiene la Palabra de Dios para transformar vidas. También he aprendido mucho sobre las diabólicas artimañas del enemigo para engañar, distraer, dividir, desanimar y destruir a pastores e iglesias.

Tal como en cada período de la historia de la redención desde el nacimiento de la Iglesia en Pentecostés, ha habido preocupantes dispensaciones de transigencia que han azotado al cuerpo de Cristo. Si bien los pormenores pueden variar, en cada situación el auge y la caída de la fidelidad en la Iglesia ha dependido de los *pastores*, hombres a los que Dios ha comisionado para que hablen por Él y pastoreen su rebaño. Cuando ellos han fallado, la Iglesia ha seguido su ejemplo. Pero cuando han permanecido firmes en la fe, ha florecido, no solo sobreviviendo en medio de gran oposición, sino también creciendo a causa de ello.

Ahora vivimos en una era posmoderna que representa muchas amenazas únicas a la iglesia evangélica. Muchos pastores admiten que a causa de esto están en crisis. El evangelicalismo —en otro tiempo definido por su compromiso con las doctrinas y prácticas de la Reforma protestante— ahora ha devenido en un movimiento espiritual amorfo, cuya única conexión con la fe cristiana histórica es lo que está escrito en la declaración doctrinal de las iglesias individuales: un documento que la mayoría de los miembros nunca han leído ni podrían explicar. Hoy se está obligando al cristianismo a adoptar la *experiencia* por sobre la *verdad*. De hecho, los conceptos de *verdad absoluta* o *moral* ahora son rechazados en nuestra cultura posmoderna con su predominante actitud de escepticismo, subjetivismo y relativismo. Vivimos en un mundo donde todos los puntos de vista, sin importar qué tan absurdos o contradictorios sean, deben ser considerados igualmente válidos. Ya se trate de política o religión, ahora la *emoción* ha remplazado a la *razón*.

Lamentablemente, la mayoría de los evangélicos creen que el medio más eficaz de alcanzar este mundo posmoderno para Cristo es que la Iglesia se vuelva más atractiva y relevante para la cultura. Debe reinventarse, acomodar su mensaje evangélico, ser menos dogmática,

más terapéutica, tolerante y entretenida. Debe consentir a la cultura, asumir sus causas sociales, incluso adoptar su forma y nunca oponérsele.

Otros sostendrán —como hago yo en este libro— que tal postura es totalmente ajena a las Escrituras y, por tanto, atenúa el poder y la bendición de Dios. Además, dado que Dios no es ni remotamente como nosotros, es una insensatez tratar de hacerlo parte de nosotros. Su naturaleza y sus atributos exceden infinitamente nuestra capacidad siquiera de imaginar. Su grandeza y santidad superan los límites de nuestros pensamientos y caminos. En consecuencia, Él no puede ser acomodado a nuestro mundo, un mundo del cual nos ha salvado haciendo lo impensable, y que un día va a destruir.

Aunque resulta horriblemente ofensivo para la cultura, a Dios le interesa solo una cosa: *su gloria*, la cual se revela con suma claridad en la persona y obra de su amado Hijo, el Señor Jesucristo, quien murió vicariamente para salvar a los pecadores. Por este motivo, su Iglesia debe enfocarse de forma exclusiva en el evangelio y en su promesa de salvar a todos los que se vuelven del pecado y confían en Cristo como Salvador y Señor.

Además, la Iglesia, por su naturaleza misma, es radicalmente distinta a cualquier cosa de la cultura. Es una señal de un reino divino que el mundo no puede comprender. Está compuesta de extranjeros cuya ciudadanía está en el cielo; personas que han recibido una palabra desde otro reino y que anhelan partir de esta tierra en el momento señalado por Dios. Por lo tanto, cuando los cristianos se reúnen para adorar, lo hacen porque un Dios inescrutablemente glorioso los ha convocado para que lo *adoren* y lo *escuchen*. Por eso sus servicios de adoración son una experiencia de *otro mundo*, una reunión donde Dios habla por medio de los tartamudos labios de hombres divinamente designados, y donde se administran los sacramentos en memoria de Cristo, manteniendo a sus adoradores en un estado de absorta reverencia.

A la luz de esta perspectiva bíblica, en lugar de reinventar la Iglesia para hacerla relevante, sostendré que debemos recuperar la esencia de la Iglesia del Nuevo Testamento, cuya autenticidad espiritual se puede apreciar con la mayor claridad en la iglesia protestante de la Reforma.

Pero ¿cómo llevamos esto a la práctica? ¿Qué significa para pastores y líderes? ¿Cuál era la filosofía del ministerio de Pablo que desató el poder de Dios en su testimonio del evangelio y lo hizo tan increíblemente exitoso en la plantación de iglesias? ¿De qué manera guardó su corazón y evitó la transigencia moral y doctrinal en un mundo que estaba constantemente intentando seducirlo o matarlo? ¿Cómo logró no solo *sobrevivir*, sino también *fructificar* en el ministerio del evangelio, a pesar de semejante oposición satánica y violenta?

Esta es la clase de preguntas que el propio Pablo respondió, especialmente en su testimonio registrado en Colosenses 1:24-29:

Ahora me alegro de mis sufrimientos por ustedes, y en mi carne, completando lo que falta de las aflicciones de Cristo, hago mi parte por Su cuerpo, que es la iglesia. De esta iglesia fui hecho ministro conforme a la administración de Dios que me fue dada para beneficio de ustedes, a fin de llevar a cabo la predicación de la palabra de Dios, es decir, el misterio que ha estado oculto desde los siglos y generaciones, pero que ahora ha sido manifestado a sus santos. A estos Dios quiso dar a conocer cuáles son las riquezas de la gloria de este misterio entre los gentiles, que es Cristo en ustedes, la esperanza de la gloria. A Él nosotros proclamamos, amonestando a todos los hombres, y enseñando a todos los hombres con toda sabiduría, a fin de poder presentar a todo hombre perfecto en Cristo. Con este fin también trabajo, esforzándome según Su poder que obra poderosamente en mí.

El propósito de este libro es examinar la vida y el ministerio del apóstol Pablo fundamentalmente (pero no exclusivamente) a través del lente de este pasaje de las Escrituras. De este surgirán *siete principios clave* que informaron sus decisiones, disiparon sus temores y calmaron sus tristezas, principios que cada pastor y líder de la Iglesia puede guardar en su corazón; siete mandatos divinos que deben guiar nuestro ministerio como hicieron con el del apóstol. Pablo estaba:

1. Consumido por la gloria de Dios
2. Contento con su sufrimiento

3. Convencido de su llamado
4. Controlado por un solo mensaje
5. Confiado en un solo método
6. Comprometido con un solo fin
7. Confirmado por un solo poder

Ante la influencia mundana del posmodernismo sobre la iglesia evangélica, que ha menguado enormemente su impacto evangélico en la cultura, los pastores y las congregaciones pueden adquirir claridad y consuelo bíblicos al examinar estas convicciones que condujeron al apóstol Pablo. Mi oración es que estos principios fortalezcan y alien-ten a cada fiel siervo de Cristo para pelear la batalla por el evangelio con valor, reflexión y amor.

David Harrell

PRINCIPIO CLAVE #1:

Consumido por la gloria de Dios



Entonces, ya sea que coman, que beban, o que hagan cualquier otra cosa, háganlo todo para la gloria de Dios (1 Co. 10:31).

Todo pastor fiel y líder eclesiástico dedicado experimentará épocas de tristeza y traición. Esto no debería extrañarnos, sabiendo que servimos a nuestro Maestro, que «fue despreciado y desechado de los hombres, varón de dolores y experimentado en aflicción» (Is. 53:3). Al principio de mi ministerio, hubo ocasiones cuando me preguntaba: «¿Por qué estoy haciendo esto? ¿Estoy haciendo realmente lo que Dios quiere que haga y de la manera que Él quiere que se haga?». Hubo momentos cuando, de manera literal, lloré por situaciones tan profundamente desalentadoras que desesperaba la vida misma.

Aunque la etiología de la depresión puede ser multifacética, las inevitables dificultades asociadas al ministerio pastoral pueden ser un factor que incide en ello, un reto para el pastor más robusto física y espiritualmente. En los primeros días del ministerio de Charles Spurgeon, el dolor de las calumnias y la burla era tan grande que estuvo tentado a desistir. Su esposa Susannah solía esconder el diario a la

mañana para protegerlo de más insultos. Él describió su melancolía de esta manera: «El cerrojo de hierro que tan misteriosamente atranca la puerta de la esperanza y retiene nuestro espíritu en una lóbrega prisión requiere de una mano celestial para abrirlo».¹

Si estás en el ministerio pastoral, conoces el sentimiento. Sabes cómo es extenuarse con los rigores de servicio, verter tu vida en aquellos que Dios ha puesto a tu cargo, hasta que algo sucede en la iglesia que te deja sin habla, desvalido y tentado a rendirte. Si bien todos podemos hallar consuelo en el conocimiento de que Dios pretende hacer algo en nuestra vida durante aquellas pruebas de la gracia, aun así, luchamos con el temor y a veces con la falta de motivación. La mayoría de los pastores que he aconsejado o conozco personalmente como amigos admitirán este hecho.

Lo que he aprendido de la experiencia, y más importante aún, de las Escrituras, es que necesitamos más que saber que «para los que aman a Dios, todas las cosas cooperan para bien» (Ro. 8:28); incluso más que saber que «la prueba de su fe produce paciencia» (Stg. 1:3), con todo lo verdaderas y maravillosas que son esas promesas. Necesitamos algo tan admirable, tan motivador, que nada pueda impedir que volvamos a ponernos de pie cuando seamos derribados; algo que siempre nos inste a empuñar nuestra espada y volver a la batalla.

Lo que necesitamos es *un celo por la gloria de Dios*; un celo que solo pueda provenir de *una visión de la majestad de Dios que captive el alma y destruya el pecado*. No me refiero a una visión real como las seis visiones que tuvo Pablo y están registradas en Hechos. Ni estoy hablando de las supuestas visiones o los sueños reveladores que son habituales en el movimiento carismático. Más bien me refiero a una obsesión que domine la vida por la gloria intrínseca de Dios; verlo como Él se ha revelado en la creación y en las Escrituras, y llamar a todos a adorar al Rey Jesús, a quien se le ha otorgado toda autoridad sobre el cielo y la tierra (Mt. 28:17-20) y se le ha concedido «un dominio eterno que nunca pasará» (Dn. 7:14).

En Efesios 1, el apóstol Pablo aborda el compromiso de Dios con

1. C. H. Spurgeon, *Lectures to My Students* (Peabody, MA: Hendrickson Publishers Marketing, LLC, reimp. 1875 ed., 3.^{ra} imp., 2012), p. 168. Publicado en español por editorial Mundo Hispano con el título *Discursos a mis estudiantes*.

su propia gloria en la salvación, en lo que se podría considerar un magnífico himno de alabanza. Hablando de nuestras bendiciones espirituales en Cristo, él nos recuerda que el Padre

nos escogió en Cristo antes de la fundación del mundo, para que fuéramos santos y sin mancha delante de Él. En amor nos predestinó para adopción como hijos para sí mediante Jesucristo, conforme a la buena intención de Su voluntad, *para alabanza de la gloria de Su gracia* que gratuitamente ha impartido sobre nosotros en el Amado (Ef. 1:4-6, cursivas añadidas).

Debemos estar perpetuamente ocupados en estas profundas verdades, permitiendo que susciten en nuestro interior un asombro reverente que traiga como resultado natural una sincera devoción a su gloria en todo lo que hacemos, pase lo que pase. Esto concuerda con el mandato de Jesús: «Así brille la luz de ustedes delante de los hombres, para que vean sus buenas acciones y glorifiquen a su Padre que está en los cielos» (Mt. 5:16). Esto es lo que significa tener un *celo por la gloria de Dios*. Debe consumir nuestra alma una fascinación por el carácter de Dios manifestado en sus obras, su Palabra y su pueblo. Un temor de Dios tan profundo que nuestro corazón cante su propia versión del cántico de alabanza de David:

Te exaltaré mi Dios, oh Rey,
Y bendeciré Tu nombre eternamente y para siempre.
Todos los días te bendeciré,
Y alabaré Tu nombre eternamente y para siempre.
Grande es el SEÑOR, y digno de ser alabado en gran manera,
Y Su grandeza es inescrutable.
Una generación alabará Tus obras a otra generación,
Y anunciará Tus hechos poderosos.
En el glorioso esplendor de Tu majestad,
Y en Tus obras maravillosas meditaré (Sal. 145:1-5).

La preocupación por la insondable gloria y grandeza de Dios no es una sugerencia; ¡es un mandato! Hablando por medio de su salmista

inspirado, Dios exhorta a toda su creación diciendo: «Tema al SEÑOR toda la tierra; tiemblen en Su presencia todos los habitantes del mundo» (Sal. 33:8). Este tipo de mirada pone todas las cosas de la vida, buenas y malas, en su adecuada perspectiva. Nada en la vida se compara con las incomprensibles perfecciones de nuestro Creador y Redentor, cuya gloria un día compartiremos.

¿Es esto lo que caracteriza la pasión de tu corazón? ¿Te glorías «en Su santo nombre» (1 Cr. 16:10)? Espero que todos podamos compartir la doxología de adoración de Salomón:

Bendito sea el Señor Dios, el Dios de Israel,
El único que hace maravillas.
Bendito sea Su glorioso nombre para siempre,
Sea llena de Su gloria toda la tierra.
Amén y amén (Sal. 72:18-19).

UN ATISBO DE LA GLORIA DE DIOS

Tal vez una leve chispa de la trascendente majestad de Dios sea útil para avivar las cenizas de nuestra pasión y encender nuevamente la llama. Entre las tontas preocupaciones de nuestra carne y las profanas distracciones del mundo, es fácil que este fuego se extinga.

El término hebreo del Antiguo Testamento para «gloria» (*kabod*) proviene de una raíz que significa «pesado». Comunicaba la idea del peso de algo y, por tanto, era una medida de su valor o cuantía. Por eso, por ejemplo, decimos que algo «vale su peso en oro». En consecuencia, el término se suele usar en un sentido figurado para sugerir una notable dignidad o el valor intrínseco de una persona.

En el Nuevo Testamento, el término para gloria es *doxa*, del cual deriva nuestra palabra *doxología*. En la cultura helénica se usaba *doxa* para expresar la elevada opinión que las personas tenían respecto a alguien sobre la base de su carácter o sus logros. En la Septuaginta se usaba para expresar el brillante esplendor de la gloria de Dios, la cual, en el Antiguo Testamento, se retrataba como la esencia misma de su naturaleza manifestada en su universo creado mediante la revelación natural y especial (Sal. 19).

El apóstol Pablo también dejó claro en sus epístolas que *todo lo que Dios es y hace habla de su gloria inherente* (p. ej., Ef. 1:6; 3:16; Col. 1:11) y, en especial, su invasión a su universo material. Esto se aprecia con suma claridad en la encarnación de Cristo, la cual el apóstol Juan describió con estas palabras: «El Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros, y vimos Su gloria, gloria como del unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad» (Jn. 1:14).

La pasión por esta misma gloria ocupó el corazón del Salvador en la víspera de su crucifixión. En su Oración Sumosacerdotal, Él oró para que sus discípulos vieran la naturaleza esencial de Dios en sus acciones y quedaran deslumbrados por la magnificencia del Señor su Dios en su obra redentora. Él oró: «Padre, la hora ha llegado; glorifica a Tu Hijo, para que el Hijo te glorifique a Ti... Y ahora, glorifícame Tú, Padre, junto a Ti... La gloria que me diste les he dado, para que sean uno, así como Nosotros somos uno» (Jn. 17:1, 5, 22).

Sin duda, la gloria de Jesús estaba velada cuando asumió la carne humana. Pero irrumpió parcialmente a través del velo cuando el resplandor de su gloria emanó de Él sobre el Monte de la Transfiguración (Lc. 9:29-31). Vemos algo similar cuando la airada turba vino a arrestarlo en el huerto. «Les dijo: “¿A quién buscan?”. “A Jesús el Nazareno”, le respondieron. Él les dijo: “Yo soy”... Y cuando Él les dijo: “Yo soy”, retrocedieron y cayeron a tierra» (Jn. 18:4-6). Con tan solo pronunciar el nombre del pacto de Dios, «Yo soy» (*Ego eimi*), ¡su gloria traspasó el velo y dio con sus adversarios en tierra! Allí el Señor de la gloria meramente pronunció el título que usó para describirse en Juan 8:58, donde les dijo a los judíos incrédulos: «Antes que Abraham naciera, Yo soy», refiriéndose a sí mismo en tiempo presente, lo que habla de su existencia por sí mismo. Él siempre *ha existido* y siempre *existirá*. Nunca ha habido un tiempo en que Él no haya existido. Aquí vemos que la gloria de Dios y su nombre son sinónimos.

Moisés advirtió a los israelitas «de poner en práctica todas las palabras de esta ley que están escritas en este libro, temiendo este nombre glorioso y temible, el SEÑOR tu Dios» (Dt. 28:58). En el libro de los Salmos se lo denomina el «Rey de gloria» (Sal. 24:8, 9, 10) y el «Dios de gloria» (Sal. 29:3). Por este motivo, el salmista exclama: «No a nosotros, SEÑOR, no a nosotros, sino a Tu nombre da gloria»

(Sal. 115:1). Dios es celoso de su nombre, porque es celoso de su gloria. En su modelo de oración, Jesús nos manda orar: «Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea Tu nombre» (Mt. 6:9), una apasionada petición (no una declaración) para que Dios santifique su nombre. Debemos orar que Él haga que su nombre sea tratado con suma santidad para que pueda ser temido, obedecido, adorado y glorificado (Lv. 10:3).

Incluso nos dio una aterradora visión de su gloria cuando la manifestó en la columna de nube y fuego (su presencia *Shekinah*), que una vez cubrió el Monte Sinaí y que luego condujo a los israelitas en su peregrinaje por el desierto hacia la tierra prometida. Qué bella imagen de su gracia redentora la que proclamamos como ministros del evangelio de Cristo; Aquel que es la personificación misma de la gloria de Dios (2 Co. 4:5-6); «el resplandor de Su gloria y la expresión exacta de Su naturaleza» (He. 1:3).

Y, en cada demostración de la gloria de Dios, contemplamos claramente su *santidad*, el atributo abarcador de su infinita perfección, pureza y poder. Por lo tanto, nuestro celo por la gloria de Dios desata el poder del Espíritu Santo dentro de nosotros. Esto ocasiona que nuestra vida contribuya a su gloria y nuestra alma se inunde del inexpresable gozo de su presencia. Por esta sola razón, como pastores, debemos tener un *celo por la gloria de Dios*; más que todos los demás debemos poseer *una visión de la majestad de Dios que captive el alma y destruya el pecado*. Me temo, sin embargo, que esta no es la norma en nuestra cultura evangélica. Muchos adoran lo que David Wells describe como un Dios «ligero»:

Una de las características distintivas de nuestro tiempo es que ahora Dios es ligero. No me refiero a que sea etéreo, sino más bien que se ha vuelto irrelevante. Él reposa sobre el mundo de un modo tan intrascendente, que pasa inadvertido. Ha perdido su prominencia para la vida humana. Aquellos que en las encuestas aseguran que creen en la existencia de Dios pueden, no obstante, considerarlo menos interesante que la televisión; sus mandatos tienen menos autoridad que los apetitos de ellos por riquezas e influencia; su juicio no inspira más temor que las noticias de la

noche, y su verdad es menos convincente que el dulce vaho de adulación y mentira de los publicistas. Eso es ligereza.²

Como ministros, hemos sido llamados y dotados para proclamar el evangelio de Dios y llevar una vida que irradie su gloria. Este es nuestro deber: «Canten al SEÑOR, bendigan Su nombre; proclamen de día en día las buenas nuevas de Su salvación. Cuenten Su gloria entre las naciones, sus maravillas entre todos los pueblos. Porque grande es el SEÑOR, y muy digno de ser alabado; temible es Él sobre todos los dioses» (Sal. 96:2-4). Debemos imitar sobre la tierra la clase de adoración que los ángeles y los santos que se han ido antes que nosotros ofrecen en el cielo (Ap. 5:12-14).

¡Esta es la razón de nuestra existencia! El Catecismo Menor de Westminster lo dice acertadamente: «El fin principal del hombre es el de glorificar a Dios, y gozar de Él para siempre» (Sal. 86; Is. 60:21; Ro. 11:36; 1 Co. 6:20; 10:31; Ap. 4:11). ¿Es esta la pasión de tu corazón?

En su libro *The Forgotten Spurgeon [Spurgeon, un príncipe olvidado]*, Iain Murray describió cómo una celosa preocupación por la gloria de Dios desató el poder del Espíritu en el ministerio de Spurgeon:

Un solemne sentido de responsabilidad no era el motivo impulsor de su predicación; él estaba apremiado por algo más elevado que el llamado del deber:

Mas si pudiera tomar algún descanso,
y no llamara el deber,
amo a mi Dios con celo tan grande
que todo le daría a él.

Estas palabras nos llevan al centro de la predicación de Spurgeon. Él amaba proclamar «la gloria de Dios en el rostro de Jesucristo». Cristo era el «tema glorioso y envolvente» del ministerio de

2. David F. Wells, *God in the Wasteland* (Grand Rapids, MI: Eerdmans, 1994), p. 88.

Spurgeon, y ese Nombre convirtió las labores de su púlpito en «un baño en las aguas del Paraíso».³

Vemos la importancia de esta clase de reverencia y la consumidora maravilla de la gloria de Dios en las Escrituras, especialmente en las epístolas de Pablo. Pero, por alguna razón, en mis primeros días de pastor lo pasé por alto. Quizá tú también lo hayas hecho. Permíteme recordarte el contexto de la carta de Pablo a los Colosenses. En este veremos la manera en que su celo por la gloria de Dios motivó cada una de sus palabras y acciones.

EL CAOS EN COLOSAS

Al igual que todas las iglesias confundidas respecto a la persona y la obra de Cristo, la iglesia del siglo I en Colosas se hallaba en cierto caos. Había sido fundada por Epafras, quien probablemente se había convertido en una visita a Éfeso, donde conoció al apóstol Pablo, quien trabajó allí por tres años. La composición judía y gentil de la iglesia produjo una extravagante fusión de cultura, religión y filosofía que Satanás usó para crear algunas herejías bastante atractivas, pero mortales.

Los gentiles estaban fuertemente influenciados por la filosofía griega. Ellos creían que el alma era una chispa divina del espíritu encarcelado en el cuerpo; esta es la semilla filosófica que condujo a varias formas de gnosticismo. Para ellos, el espíritu era bueno, pero la materia era mala, así que se mofaban de la idea de la encarnación de Cristo. No podían concebir a un Dios que asumiera un cuerpo humano y llegara a ser un Dios/Hombre, ni podían comprender que Cristo fuera la mismísima verdad encarnada. Ellos creían que el conocimiento espiritual trascendente solo estaba disponible para unos pocos selectos. Solo los iniciados altamente iluminados podían ascender alguna vez al más elevado nivel de espiritualidad. Vemos

3. Iain H. Murray, *The Forgotten Spurgeon* (Edimburgo, the Banner of Truth, 1994), p. 40. Publicado en español por la misma editorial con el título *Spurgeon, un príncipe olvidado*.

elementos de esta clase de misticismo prácticamente en todas las religiones falsas de hoy, desde el catolicismo romano al budismo.

No obstante, los judíos creyentes de Colosas infectaban la iglesia con algo diferente. Ellos llevaban ciertos elementos de ascetismo (la práctica de una estricta negación de sí mismo como disciplina espiritual) y legalismo (salvación más circuncisión, la práctica de comidas y festivales, ceremonias rituales, leyes alimentarias, el sábado, etc.), junto con la adoración de ángeles y su propia versión de experiencias místicas. ¡Pobre Epafras! *Ascetismo y legalismo* judío, y *misticismo* pagano... su iglesia se había convertido en un hervidero de engaños mortales. Dada esta situación, Epafras viajó hasta la mismísima Roma (Col. 4:12-13) para pedirle consejo al apóstol Pablo, quien estaba encarcelado allí. Y por la gracia de Dios, su consejo también está disponible para todos nosotros.

EL CELO DE PABLO POR LA GLORIA DE DIOS

Las herejías en la iglesia de Colosas eran como células cancerígenas que nunca mueren, sino que siguen creciendo y forman nuevas células anormales que invaden otros tejidos. Por este motivo, en respuesta a Epafras, Pablo escribió la epístola a los Colosenses desde la prisión, y les advirtió: «Miren que nadie los haga cautivos por medio de su filosofía y vanas sutilezas, según la tradición de los hombres, conforme a los principios elementales del mundo y no según Cristo» (Col. 2:8).

Pienso que esta respuesta de Pablo, así como su carta entera, está guiada por la más fundamental de todas las doctrinas y, por tanto, la motivación primordial de su vida y ministerio: *un celo por la gloria de Dios manifestada en la persona y la obra de Jesucristo*.

Desde un comienzo, él afirmó la supremacía de Cristo sobre toda la creación, diciendo: «Porque en Él fueron creadas todas las cosas, *tanto* en los cielos *como* en la tierra, visibles e invisibles; ya sean tronos o dominios o poderes o autoridades; todo ha sido creado por medio de Él *y para Él* (Col. 1:16; cursivas añadidas). ¡Pablo estaba fascinado por la realidad de que Dios creó todas las cosas para manifestar su gloria por siempre! Pese a que él desfallecía en un calabozo romano, estaba ansioso por defender la inefable magnificencia de la gloria